

HEMEROTECA MUNICIPAL

Número de registro:

Estante: 1044

Tabla: 5

Número de volúmenes: ^{partes} 1

Encuadernación:

I. M.—2.032.

NOMADA

Andalucía 1912

Hemeroteca
Municipal
de Madrid

N.º 1044

Tabla 5

Vols.

Ayuntamiento de Madrid



NÓMADA

≡≡≡ ARTE Y LITERATURA ≡≡≡

AÑO I.

NÚM. 1.

Ayuntamiento de Madrid

NÓMADA

AÑO 1912.-MES DE FEBRERO.-NÚM. 1

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

TRIMESTRE. . . . 3 pesetas en toda España.

POR UN AÑO . . . 10 » » » »

NÚM. SUELTO. 1 » » » »

== REVISTA MENSUAL ==

Director

M. Altolaguirre Palma

Gerente

Leocadio Martín Ruiz

Secretario de Redacción

Antonio Fernández Fenoy

Colaboradores

Miguel de Unamuno, Arturo Reyes, Francisco Villaespesa, José Muñoz San Román, Jacinto Benavente, Cristóbal de Castro, Enrique Romero de Torres, Fernando Fortun, Alberto A. Cienfuegos, Pedro de Répide, Ricardo León, Pío Baroja, Ramón del Valle Inclán, Santiago Rusiñol, Carmen de Burgos, Andrés González Blanco, Eduardo Baro, A. Reyes Guillot, José Francés, Gabriel Miró, Juan Pujol, Emilio Carrere, Manuel y Antonio Machado, Salvador G. Anaya, Manuel Góngora, Andrés Vázquez de Sola, Constantino R. Carnero, Francisco de P. Valladar, José Fernández del Villar, Diego San José, Isaac Muñoz, Salvador Rueda, Enrique López Alarcón, Antonio Zozaya, Eduardo Zamacois, Ramón A. Urbano, Luis Bello, Ricardo Baroja, Luis París, Francisco Vera, Ramón Pérez de Ayala, M. B. Cossío, Andrés Obejero, M. Utrillo, Joan Pi, Antonio Gullón, Enrique de Mesa, Juan R. Jiménez, Julio Pelli- cer, F. García Sánchez.

— — — — —

Todos los trabajos que se remitan á NÓMADA han de ser originales é inéditos. Dichos trabajos se dirigirán al Secretario de Redacción, Gondomar, 10 (Córdoba), donde se hallan establecidas nuestras oficinas. Para todo lo relativo á la suscripción ó venta en comisión, dirigirse al administrador. NÓMADA se expondrá al público en las principales librerías de España y América, al precio de **una peseta**. No se devuelven los originales.

== CÓRDOBA.-1912 ==

IMPRENTA LA VERDAD



NÒMADA

— ARTE Y LITERATURA —



: : : CORDOBA : : :

Conservo imborrable recuerdo de Córdoba. Fué en el rigor del verano, en el mes de Agosto, cuando el sol de Andalucía caía sobre ella á plano, cuando la visité acompañado de mi amigo Royall Tyler, el autor del libro *Spain, a study of her life and arts*. Ibamos por esas calles al reclinatorio del padre de la vida. Y sólo gozamos fresca—de cuerpo y de espíritu—en el maravilloso bosque de columnas de la que fué Mezquita. Allí á soñar... ¿en qué? Yo en la España celestial y en la unidad de fé sustancial entre cristianos y musulmanes españoles. Se pudo hacer de la Mezquita Catedral, porque una misma fé, la fé en un Dios personal y en la inmortalidad del alma y la vida futura, levanta unas y otras.

Y refrescamos también el espíritu en la contemplación de los lienzos admirables de aquel Valdés Leal, tan intensamente español. Es la pintura nuestro arte más religioso, como es la música el arte religioso protestante. Y si la piedad luterana culmina, según algunos dicen, en Bach, acaso nuestra piedad culmina en el Cristo de Velázquez, que se está siempre muriendo y viviendo siempre, en una muerte perpetua que es perpetua vida. Y ahí, en Córdoba también, ví uno de los lienzos que más honra y gloria han dado á Julio Romero Torres, que fué la gran adquisición de amistad que ahí hice. Pintor religioso también, aunque á muchos no lo parezca.

También ví otras cosas en esa Córdoba gloriosa, cuna de Séneca, de Averroes, de Góngora, del Duque de Rivas, de tantos otros próceres del espíritu, pero... Pero de estas otras cosas no os quiero hablar. La que fué madre de tan nobles y vigorosos pensadores y artistas, la que irradió cultura en lo más caliginoso de la Edad Media, esa no debe complacerse en otras ménos puras... ¿las llamaré glorias? Hay deportes que avulgaran y rustican.

¿Qué vá á ser NÓMADA? Que sea algo noble y fuerte, y algo que haga recordar á todos que Córdoba es algo más que la ciudad de un gran casino, donde se huelga y se juega, y algo más que la cuna de afamados estoqueadores de toros. Y que no nos aparezca casi siempre esa verdadera ciudad en zahones.

MIGUEL DE UNAMUNO.

Salamanca 15 XII 11.





RUEGO ULTIMO

Cuando llegue el momento en que la vida
mi combatido corazón no aliente
y un ósculo de paz ponga en mi frente
la que nunca venció ni fué vencida.

Cuando, ya el alma, su misión cumplida,
guste el goce inefable que presiente
y torne libre á ser y no la afrente
la cárcel donde gime envilecida.

Cuando muera, mujer, y en la mortaja
envuelto mires en la negra caja,
sordo á tu voz, al que te amó insensato,

dáale compañía en su sepulcro estrecho;
la imágen de Jesús pon en su pecho
y á los piés de Jesús, pon tu retrato.

ARTURO REYES.





CANCIONES DEL LLANO

En los campos calatravos



Bajo el sol de Mayo, dulce y bienhechor, los llanos de Calatrava se muestran espléndidos de verdura.

El ligero viento de los crepúsculos forma en los sembrados como un vaivén de olas que ascienden constantemente, juntando las cebadas, los trigales y los centenos, confundiendo las diferentes tonalidades del verde, que en el valle es intenso y en la ladera tiene matices de oro.

El prado, florecido en amapolas más rojas que sangre de ternero, tiene una hermosa paz virgiliana.

Pacen aquí las vacas de varias ganaderías. Mugen maternalmente y los becerros, alegres, saltarines, acuden al llamamiento de la madre solícita, y chupan ansiosos de la ubre bien llena.

El mastín aulla á un caminante y, luego de seguirle un poco, vuelve á dormir junto á la res predilecta.

El vaquero, tendido á la sombra de un carrasco, canta una seguidilla pícara y después la copla de jota que dice un poema amoroso á la mocica pueblerina.

Hay en la falda de un montizuelo próximo, atalaya del prado, una casa blanquísima, como vigía de la solemne tranquilidad de los campos calatravos, rodeada de corpulentos álamos y enormes zarzales.

Es la mansión donde moran el guarda y la guardesa de estos terrenos sembrados de cereales, otero en la inmensa extensión de la llanura.

Cuando llegamos á esta casa y pedimos permiso para descansar en ella unos instantes, la sencilla mujer que aquí habita nos ofrece el mejor asiento y nos brinda un vaso de agua cristalina, cogida de rico venero que nace á nuestros mismos piés, junto á los zarzales más espesos. Y pone á nuestro servicio tal solícitud, tanto deseo de agradarnos, nos ofrece su vivienda, bien oliente á limpieza, con una tan encantadora sencillez, que nos sentimos conmovidos ante la sincera hidalguía campesina y apenas si tenemos acierto para contestar agradecidos.

Como si aún no estuviese satisfecha, la buena guardesa nos trae un trozo de blanquísimo queso fresco y un pedazo de rico jamón añejo, que le fué regalado por sus amos, muy nobles, generosos y caritativos. Y sin darnos tiempo para

rehusar el agasajo, sobre la mesa, revestida con limpio lienzo de plugastel, aparece la comida brindada.

No aceptar sería como desprecio á su pobreza—dice la bondadosa mujer— y deseosos de serle gratos, comemos y alabamos la condición hidalga de estas buenas gentes manchegas, que nos atienden solícitas.

¡Bien alabados seais, labradores de la Mancha, los campesinos todos, que en estas interminables llanuras, en los campos cultivados y en los molinicos que hay junto á la ancha cinta estéril, en el otero de las casitas blancas ó de los anchos chozos vaqueriles, resguardo de numerosas familias trabajadoras, manteneis la bandera de la generosidad, que siempre campeó en la gloria de esta tierra!

Inolvidables mujeres que al caminante ofreceis el mejor rincón de vuestra vivienda, una palabra de bondad y confortadora conversación sobre vuestras diarias faenas, que tienen la virtud de infundirnos amores al trabajo; vosotras sois en esta paz del llano amado un alto ejemplo de fortaleza, una prueba de la vitalidad de estos terrenos, abonados con vuestro glorioso esfuerzo.

*
* *

Las tierras pardas, intensas en su color de pobreza, infunden esperanza.

Sobre ella, en invierno, en otoño, en primavera y en verano, se agita un constante ejército de hombres, mujeres y niños, que esmaltan vivamente, como notas de *allegro* en la tristeza de un nocturno musical, la monotonía del llano.

Y hay tal consuelo en este afán para el trabajo, que nada nos alienta tanto como esta constancia, enseñándonos á ser más fuertes que las adversidades. Así vivimos contentos con nuestro destino y desgranamos las perlas de nuestro cantar, un poco tranquilo y un poco tocado de ilusiones de aventura, anhelante de conquista algunas veces y amoroso siempre, por sobre estas tierras tan queridas, que son pedazos de nosotros mismos.

¡Horas saludables, de quietud, recobrando vigor, pasados los campos calatravos, oyendo el cantar de los gañanes y los gritos de los vaqueros y ese inarmónico conjunto de voces misteriosas, susurrantes unas veces, vagas siempre, que produce el monte y la campiña, inolvidables sereis para mí, porque me hicisteis más bueno y más fuerte!

¿Qué poeta andariego acertará á escribir el hermoso himno que mereceis, terrenos de Frangil, del Gamaral, de Las Lagunas, de la Utrera, de la Zarza, del Valle, de la Cueva, de Castilseras, del Lentiscarejo y del Turruchel?

¿Qué exaltadas palabras, encendidas en justísima admiración, rimará para

vosotros, buenos gañanes, honrados y constantes trabajadores, mujeres heróicas, que sois acicate para que el varón al admiraros en la diaria faena redoble sus energías, el hermano cantor que algún día, nadie sabe en qué mes ni en qué año, vendrá, herido del mal de la ciudad, á recobrar fortaleza en la solemne paz de la llanura, en estas casas blanquísimas, guardadas entre zarzales, junto á los abundantes veneros de agua cristalina, serena y curadora? ..

Llegará alguna vez á las puertas de vuestras viviendas campestres; vendrá pidiéndoos medicinas para males de turbulencias, para enfermedades de descreimientos y desengaños; pobre, apoyado en su bordón de eterno peregrino, rotas las sandálias, llagados los piés, implorará la gracia de vuestra generosidad para tener sitio donde descansar y atender á la curación; y vosotros, buenas gentes manchegas, hidalgas como ningunas, le brindareis lecho, alimento y cariño, como á mí, como á otros que ya pasaron, como á todos los que vengán después.

Y açecerá que un día, ya restablecido el hermano poeta, os dirá su gratitud y partirá hacia no sé qué lejanas tierras, que su misión es trovar siempre y no detenerse nunca.

Pero una vez, cuando no os acordeis más de aquel viajero, sabreis por alguien que entienda de letras, por el señor Maestro de la villa, por el Secretario, por el señor Cura acaso, que en alguna solemnidad nacional se levantó la voz dulce de un poeta exquisito y dijo, entre la admiración de la multitud, un bellissimo himno, digno de todos los aplausos, en honor de los campos manchegos, gloriando vuestra condición de trabajadores.

Y pasado algún tiempo, cuando yo vuelva á disfrutar de la augusta paz de estos campos, una tarde, ya llegado el crepúsculo, cuando es más solemne la tranquilidad del valle y toda la tierra tiene un misterioso encanto de poesía, á la puerta de la hospitalaria casa de la Zarza, reunido con los aperadores, zagales y guardas, contemplando cómo pasa lento un rebaño que se dirige hacia los valles de la Alcudia, bañado mi espíritu en una infinita cordialidad, empezaré á recitar el mágico poema que escribiera el hermano cantor y que acaso comience de esta suerte:

¡Salve, salve, tierra parda!

.....

LEOCADIO MARTÍN RUIZ.

(De un libro próximo á aparecer).





::: LAS VIEJAS HILANDERAS :::

Viejas hilanderas bretonas que veis
transcurrir la vida como una ilusión,
mientras vuestras ruecas palpitan lo mismo
que si hubiera en ellas algún corazón.

Viejas hilanderas de rostros rientes,
de labios que nunca se vieron reír,
sois como las sombras que esperan, las sombras
que evocan un tiempo que no ha de venir.

Las manos cubiertas de copos de nieve,
los ojos que nunca se vieron llorar,
sois como la eterna visión del silencio
que envuelto en la noche ya no ha de tardar.

Viejas hilanderas, ¿acaso mi vida
tejeis inquietantes sin una emoción?...
Yo aspiro á ver ese final misterioso
que es sueño y locura, y engaño y pasión.

Cruzan en la niebla las horas mortales,
se alejan los años en loco correr,
y queda esta duda tenaz, esta duda
que no sabe donde se ha de resolver.

La paz y la sombra, la calma, misterio,
todo es un fantasma que vá en derredor
del cuerpo que pasa, del alma que lleva
misterios, quebrantos, promesas y amor.

Viejas hilanderas, decidme si un día
las manos que hoy miro también tejerán
un paño que cubra mi cuerpo, que pasa
envuelto en las ondas del recio huracán.

Viejas hilanderas bretonas que veis
transcurrir la vida como una ilusión,
mientras vuestras ruecas palpitan lo mismo
que si hubiera en ellas algún corazón.

EDUARDO BARO.





CRÍTICA LITERARIA

PARA LA REVISTA JOVEN «NÓMADA»

I

CONSAGRADOS É INÉDITOS

En el pleito que hace algún tiempo trajeron entre manos consagrados é inéditos, yo tuve una opinión radical, que no expuse á su tiempo en la prensa madrileña, por haberseme escapado la ocasión, abrumado por otras graves tareas de erudición y de crítica histórica, más elevada que la crítica *au jour le jour*, como dicen nuestros vecinos. Estaba haciendo unas recopilaciones comentadas é historiadas de poetas místicos y poetas del amor en lengua castellana, que saldrán pronto á luz e litadas por los señores Sáenz de Jubera Hermanos.

Aunque tarde, voy á meter baza en el juego, donde han terciado ya tan preeminentes figuras como Dicenta, Benavente y Catarineu. No soy llamado á enmendarles la plana, porque Doctores tiene la Santa Madre Crítica teatral, que podrán dilucidar mejor el asunto. Mis cultos compañeros Bernardo González de Candamo ó José Alsina, podrán responder mejor que yo en esta consulta.

Pero allá vá mi opinión, escueta y llana, conforme á mi leal saber y entender. Por fortuna, aún pueden aclararse algunos extremos del negocio. (Y no uso de la palabra con impropiedad, que de un negocio mercantil, más que de un debate literario, se trata al fin).

Me dá ocasión para terciar en la contienda la reciente publicación de una comedia en tres actos, en prosa, titulada *Neurosis*, cuyo autor es Vicente Casanova, hermano de la gentilísima poetisa Sofia, autora de *El Cancionero de la dicha*.

El señor Casanova plantea en su prólogo el problema de consagrados é inéditos, y lo ha resuelto en la misma forma que Pero Grullo lo hubiera resuelto. Lo cual no es ofensa para el distinguido comediógrafo; porque realmente en este asunto no cabe tener opiniones paradoxales. Los inéditos nunca llegarían á ser consagrados... si no dejaran alguna vez de ser inéditos, y quienes les hacen dejar de ser inéditos son: los empresarios, estrenándoles las obras, y los crí-

ticos, alabándoles las obras que merezcan ser alabadas. ¿Está esto claro? como dice don Antonio Maura,

Llamarse consagrados me parece una ridiculez; y perdonen los distinguidos compañeros de letras que á sí mismos se llaman así. Esa gerarquía la dá el público, pero ellos no deben pavonearse de eso, porque eso es jactarse de ser guapo. Ningún Adonis se llama Adonis á sí mismo.

Y por ser consagrados, empujar hacia afuera á los inéditos, no deja de ser una injusticia. Esto es de sentido común, es un *truismo*, como dicen los ingleses, ó yo estoy trascordado. Y cuando el inédito se llama Vicente Casanova y escribe una obra como *Neurosis*, que, á pesar de sus bellezas de técnica y de pensamiento (¡qué vergüenza!) no pudo ser representada, puede graduársele de consagrado. Y ningún crítico puede regatearle esa dádiva, que no es dádiva desde el momento en que no se pide, sino que se logra por derecho de conquista. Lo malo en los consagrados es que ellos se lo crean...

II

UNA RELIQUIA DEL TEATRO DE LOS NIÑOS

El cuento de una historia titúlase un libro que ha puesto á la venta don Antonio Escamilla Rodríguez. Dedicase el libro al gran maestro de dramaturgos don Jacinto Benavente, prez del teatro y de la literatura española contemporáneos.

El volúmen contiene una novela corta, que le dá título (*El cuento de una historia*) y la bellísima comedia *Durmiendo al nieta*, que había sido escrita para el teatro de los niños, y que no llegó á representarse por haber fracasado la idea, tan admirablemente realizada por Benavente, y que hubiera llegado á cuajar si le hubieran apoyado muchos que tenían el deber de apoyarle y que se hicieron los rehacios y *remolones*.

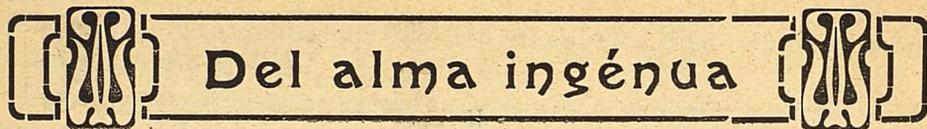
El cuento de una historia es una hermosa novela, bien *vista* y bien desarrollada, cuyo argumento tiene por escenario la magnífica ciudad de Córdoba, la ciudad «abderramánica», como dice el autor. Los tipos de doña María y de don Joaquín son tipos de novela realista y andaluza, dignos de don Pedro Antonio de Alarcón ó de don Juan Valera. Creo que este es el supremo elogio que puede hacerse al señor Escamilla.

Durmiendo al nieta, es una monada de comedia, un *dijou* infantil. De haberse estrenado, hubiera obtenido un éxito entre el público de bebés, muchas veces tan inteligente ó más que el público serio de señores barbados y sensatos. Sensatos... pero que no se enteran de nada.

ANDRÉS GONZÁLEZ BLANCO.

Madrid 15-I-1912.





Del alma ingénua

A través de los vidrios empañados,
por las tristezas que el invierno llora,
he visto tu cabeza pensadora
doblar sobre mágicos bordados.

Bajo los dedos finos, sonrosados,
surge el encanto de celeste flora,
mientras un sol, amarillento, dora
tus frágiles cabellos ondulados.

¿En esa paz, en ese aquietamiento,
toma parte también tu pensamiento?
Ó cuando al lienzo miran tus pupilas,

y hábil en él tu mano borda flores,
en la inquietud de tus ensueños, ¿hilas
la trama juvenil de los amores?

ALBERTO A. CIENFUEGOS.





Antonio del Castillo y Saavedra

Este ilustre pintor del siglo XVII, que con sus obras dió tanto brillo á Córdoba, su patria, el artista que fué tan admirado en aquella época por el clero y la nobleza, el gran dibujante que excedió á todos los pintores más famosos de su tiempo, el maestro de Juan Valdés Leal, Juan de Alfaro y Pedro Antonio, tuvo la desgracia al morir de no merecer ni un recuerdo de sus conciudadanos.

No existe en su tierra ni una memoria, ni una modesta lápida que conmemore su preclaro nombre. La posteridad fué también ingrata con Antonio del Castillo y no le ha dado el puesto que legítimamente le corresponde en el arte.

Sus cuadros apenas son conocidos, y muchos de ellos están atribuidos á pintores de más renombre, tanto en España como en el extranjero. La importancia de su personalidad artística es completamente ignorada.

En el Museo del Prado existen seis lienzos admirables de nuestro paisano, que están catalogados como originales de Pedro de Moya. En la Pinacoteca de Múncheu (Alemania) hay otro cuadro suyo que pasa como de Ribalta, y en colecciones particulares son varias las obras de Castillo que se atribuyen á su maestro Zurbarán.

De su vida casi no se sabe nada, pues los pocos datos que de ella nos dejaron sus biógrafos Palomino y Ceán Bermúdez, están equivocados, según he podido comprobar en las investigaciones y estudios que estoy haciendo para rehabilitar en su día al desgraciado artista.

Antonio del Castillo, poseedor de una gran cultura, era además arquitecto, escultor y poeta.

Amante de su patria chica, después de su aprendizaje en Sevilla, no salió de Córdoba en busca de mayor gloria, que pudo alcanzar trasladándose á otros puntos donde la pintura le brindara más porvenir y amplios horizontes. Quizás los bellos ojos de alguna cordobesa, que retrató en sus vírgenes, decidieronle á pasar aquí su vida, consagrado al arte y al amor; y en la vieja ciudad evocadora de ensueños y recuerdos, que flotan en el ambiente de sus callejuelas y plazas, engalanadas con flores, quiso morir y descansar bajo su cielo azul y sonriente, cuyas misteriosas tintas reprodujo tantas veces la gama de su paleta.

Castillo y Saavedra murió pobre, como casi todos los artistas y poetas, y fué

enterrado en la parroquia de la Magdalena; pero no en el año 1647, como dice Palomino. En el «Libro 4^o de Muertos», folio 2 de esta iglesia, he hallado su partida de defunción, que dice así:

«en dos días del mes de Febrero de mil seis cientos sesenta
iocho años murio y enterro en esta iglesia Antonio del
Castillo eminente pintor marido que fué de Doña Fran.^{ca}
Almogera no testó ilo firmo.

Ell.^{do} Ato. ponce
de la Rosa»
(Rubricado)

Nació el eximio pintor, en la calleja de la Alhóndiga, en 1616, y nó en 1603, como afirma Cean Bermúdez, pero no he podido averiguar la casa.

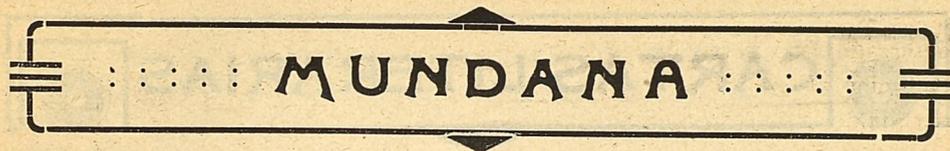
En cambio he tenido la suerte de comprobar en los «Padrones de confesiones» de la citada iglesia de la Magdalena la casa donde exhaló su último suspiro, y es la que hoy lleva el número 21 de la calle de los Muñices. Córdoba, pues, debe reivindicar la falta de gratitud y olvido que tuvo y aún tiene con Antonio del Castillo y Saavedra, erigiéndole siquiera una lápida en el sitio donde murió.

Yo tengo la firme convicción de que nuestro Municipio, á cuyo frente se halla el joven é ilustrado alcalde señor Muñoz Pérez, una vez enterado de esta deuda de honor que hace años tiene contraída esta capital con el gran artista preterido, la saldará al momento por unanimidad, llevando á efecto mi iniciativa.

Porque todos los pueblos que honran la memoria de sus hijos insignes, se honran así mismo.

ENRIQUE ROMERO DE TORRES.





MUNDANA

De aquellas flores que al nacer hermosa
puso Dios en tu rostro inmaculado,
el terrible huracán sólo ha dejado
una huella morada y dolorosa.

Aquellos ojos que, al pasar airosa,
clavabas en mi pecho enamorado,
á fuerza de martirios se han velado
y han perdido su llama misteriosa.

Soñaste una esperanza placentera
y, olvidándome, ingrata y traicionera,
te alejaste de mí con paso incierto.

Hoy de tu vida en la región sombría
¡llorarás al pensar que te quería
con ese amor que para tí se ha muerto!

FRANCISCO ARÉVALO.




CARTAS LITERARIAS


Barcelona Enero 1911.

Sr. D. Leocadio Martín Ruiz.

No conozco, mi querido Leocadio, *Voces de Gesta* y lo lamento. El día que se representó esa obra del divino Valle Inclán, no pude acudir. Me debo en lo material á los *procesos*, que son demasiados y me prohíben en más de una ocasión entregarme á mis sentimientos. ¿Qué le haremos?

No tengo yo la culpa de no ser adinerado y menos de que mi padre se muriera á los 40 años y me dejara convertido en *cabeza de familia*, con *muchos deberes*, y *sin ningún derecho*, desde mis catorce años. Julio Antonio estuvo en la representación. Razón de más para lamentar mi falta de asistencia.

No conozco, repito, esa obra de Valle-Inclán, pero sé de las demás de ese hombre d'annunciano, de un d'annuncianismo españolísimo. Modelo de objetividad, sólo me molesta en alguna ocasión su preciosismo. Me molesta porque eso puede reproducir un culto á la frase exterior y suscitar discípulos, y demasiado hemos padecido —justed lo sabe mejor que yo!— de declamatorios quintanescos y de insoportables castelaristas. Por lo demás, acato en todo á Valle Inclán: en su sobriedad, en su bien decir, en sus elegantes maneras.

Vé V., mi querido Martín Ruiz, en lo que no tengo ningún recelo es, por ejemplo, en Ibsen, dramaturgo excelente. Ese hombre ha tenido la fortuna de continuar la tradición griega, esa fuerza tan severamente explicada por Nietzsche en su *Origen de la tragedia*. Y si no, veamos la evolución del núcleo del teatro. Grecia, Skaspeare, Clásico Español, Ibsen. En Esquilo se atiende al predominio de una fuerza superior ó externa al hombre: los dioses, ó lo que es lo mismo, la fatalidad.

No le señalo á V. una obra para demostrarlo, porque el señalárselo me parece alarde de una superioridad mental que, en verdad, no poseo. En el noble autor inglés se atiende al predominio de la fuerza bárbara del hombre; todos los protagonistas son víctimas de sus pasiones, es decir, de su instinto. Otelo, hombre de gran corazón, carece de serenidad, y por quererla demasiado, mata á su adorada. Hamlet no sería un inquieto, si no fuera un neurótico, si su inteligencia estuviera normalizada. Macbelt mismo es un dolor. ¡No hay una

armonía interior en los sentidos de los protagonistas. Todos los de Skaspeare *no ven claro*. Es la pasión elevada al teatro. ¡Y subsiste, porque lo hizo en grande!

Menos bárbara y con mejor contenido espiritual, es el alma de los personajes del teatro clásico español. Más simple y concreta, tiene menos riesgos para los sentimentales exacerbados, pero, ¿por qué no confesarlo? La pasión nobilísima, por ejemplo, de Pedro Crespo, tan fuerte, pero también tan rectilínea, sin matices, llevada al teatro, ¿no puede ser un peligro? Cuando yo estuve en el Escorial, hubo un detalle que me sobrecogió, justificándome posibles errores políticos de nuestra raza. ¿Qué diferencia entre las sillas de Carlos V y de Felipe II! En la primera, la madera está trabajada, con matices, agradables relieves, indudablemente de *sabor flamenco*. En la de Felipe II, ¿qué desnudez más árida! Síntoma evidente de una exarcebada visión rectilínea de las cosas, me justificó una gran fuerza inicial: la del dominio. ¿Pero qué es el dominio sin la cordialidad, sin la efusión? En la silla de Carlos V, está algo que pudiéramos llamar paisaje de creación en verdad metafísica, pero de una metafísica venida de la tierra hacia lo alto. Es la visión de un Dios complejo, casi epicuriano. En la de Felipe II, está *Jehová*, el Dios inquisitorial, intransigente; y nuestros desaciertos, ¿no podrían fundarse en que hemos dejado crecer en nuestras almas más el Dios rígido, sin complejidades, que el suave y panteísta del divino maestro de Asís? Ahora mismo, en esa campaña que tenemos iniciada en Africa, ¿es un dolor! El empuje, la bravura ideal y soñadora de la oficialidad, es digna de elogio, pero... y la visión compleja, gubernamental, con matices ¿dónde está? Nos desangramos. No atendemos (continuamos como Felipe II) á si debemos trabajar ó no nuestra silla cotidiana; y si es laudable un noble impulso idealista, por equivocado que sea, es indudable que sería mejor si lo equilibrásemos con la exacta y detallada visión de una vida interior colectiva. ¿Será una verdad lo de Unamuno, que España solo puede producir individualidades ascetas, grandes pícaros ó nobles genios y que nunca se conseguirá realizar nada duradero en lo colectivo? En el teatro español, hay siempre *un* hombre que *se destaca*.

Y vayamos á Ibsen. Los protagonistas de sus obras no son fatalistas, ni apasionados, ni víctimas ó apologistas de un feliz ó equivocado sentido de raza. Ibsen es el hombre que mejor sabe de objetivismo. Antiguo lírico, se produce por seducción. Dá la impresión de bronce puro. De un mármol sin romanticismo, como los tiene aún Rodín. Todo en él es meollo, y cada personaje se destaca y es víctima de la esperanza del siglo, que es al propio tiempo su

gran tormento. La idea. No son víctimas de pasiones, ni de sentimientos. Son víctimas de las ideas. Es la tragedia intelectual que une tan íntimamente á Goethe, y á Vigny, y á Ibsen. Ejemplos: Faust, Mase y Romershum. ¿Hay dramaturgo mejor? Es todo lógica y ya sabe V. cómo al fin llegamos á comprender todos,—pasando por Platón, Kant y Pestalozzi,—por esos señores y por la acción—que la lógica es poeta y la incoherencia y la mediocridad son síntomas de pancismo ó burguesía.

Ibsen promueve el despertar de la vida de conjunto interior, y su continuo ejercicio, que es la única aristocracia subsistible. ¿Hay autor más alto? Yo he visto representar en mi Barcelona todas esas obras ejemplares, sin atender á patriotismos territoriales, y puedo asegurarle á V. que han dejado en mí una honda levadura. Ojalá Valle Inclán me consiga también remover con sus *Voces de Gesta*, pero lo otro... ¡vale tanto!

No vaya V. ahora á creerme un determinista que quiera para Ibsen las agenas alabanzas. ¡No! Es un autor tan serio, que no permite entusiasmos frívolos, ni alabanzas rápidas. Lo que quiero expresar á V. es que Valle-Inclán se sostiene aún por el paisaje español, más que por el alma humana; que Ibsen, con ser de un pueblo tan minúsculo territorialmente como Noruega, ha obtenido de un salto ser un consuelo para tantos metafísicos como yo creo serlo, sin teología. Ya le expresé á V. que no he visto ni he leído,—por falta de tiempo, añado ahora—*Voces de Gesta*. ¡Y no tengo empeño en pelearme!

Adiós. Es de V.,

JOAN PI.





Poema de la infancia



INVOCACIÓN

¡Tiempos felices de mi adolescencia,
remotos años en que yo tenía
el gran consuelo de la inexperiencia,
y una noble y benéfica alegría!

Ya difusa, como una lejanía,
evoco aquella vida de inocencia
cuyo recuerdo presta al alma mía
un alivio fugaz en su dolencia.

Al evocaros en mi pensamiento,
lejanas horas de mi infancia, siento
el dolor de la dicha ya perdida.

¡Dulces evocaciones del pasado!
¡Tiempos felices que gocé alejado
de esta grotesca lucha por la vida!

I

Me invade con la fuerza de extraño sortilegio
una emoción de vagas ternuras infinitas,
al evocar mi infancia pasada en un colegio
que tienen en la costa los Padres Jesuitas.

¡Visión de aquellas lentas horas conventuales,
visión consoladora de tiempos olvidados,
y de mis condiscípulos, los buenos colegiales,
y de mis profesores, á Cristo consagrados!

¡Venid á mí, recuerdos benditos de la infancia,
á aliviar mis pesares y á darme la fragancia
de vuestra paz, de vuestra grata serenidad!

¡Volved á mi memoria cansada y confundida,
estudios silenciosos, claustros en soledad,
donde pasé las horas más bellas de mi vida!

II

Soñaba muchas veces en ser un misionero
igual que San Francisco Javier; predicaría
la religión cristiana con un fervor sincero,
aquel fervor divino que entonces yo sentía.

Soñaba en vivir una vida de sacrificios;
yo iría á las misiones de una tierra lejana,
y tendría mi cuerpo cubierto de cilicios
puestos bajo los pliegues de mi negra sotana.

Llevaría una larga vida de austeridades
bendiciendo á la gente por campos y ciudades,
para ser luego víctima de la persecución

de unas tribus infieles, de un país nunca visto,
y sufrir el martirio con gran resignación,
y morir predicando la fé de Jesucristo...

III

Miré tras los cristales al salón de visitas,
y con una impaciencia dulce y sentimental
quise ver entre algunas muchachas muy bonitas
á la pálida hermana de cierto colegial.

Bien pronto se alegraron mis ojos; allí estaba.
La contemplé extasiado, temblando de emoción.
Rubia y gentil cual una jarlesa escandinava
me miró varias veces agena á mi pasión.

Me obsesionó su dulce mirada... Yo tenía
entonces doce años, y ya en mi pecho ardía
un fuego inextinguible de pasión sobrehumana.

Al contemplarla siempre sentí fieros sonrojos.

...Y fui amigo de cierto colegial cuyos ojos
evocaban los ojos azules de su hermana...

IV

Y tuve un condiscípulo que en nada ya creía;
escéptico y profano, perdió la fé del bien,
y para toda práctica de religión tenía
siempre la misma mueca burlona de desdén.

Eran claros, inquietos, sus ojos; cuando hablaba
me estremecía el tono rebelde de su voz.
Tono exaltado y firme que al punto revelaba
aquel excepticismo tan profundo y precoz.

Se nos mostraba á veces reservado y sombrío;
fué siempre un soberano señor de su albedrío,
y se advertía un fuego fatal en su mirada.

¡Cómo será el crepúsculo de su vida azarosa!
¡Cómo será su vida de triste y dolorosa
cuando á los doce años ya no creía en nada!

V

La capilla en penumbra donde tanto recé
surge también del triste misterio del olvido;
¡capilla del colegio donde nació mi fé,
la fé consoladora que después he perdido!

¡Recuerdos infantiles que conservo peremnes,
recuerdos de mi grata vida de colegial!
¡Capilla donde á veces en la fiestas solemnes
actuaba de acólito, llevando mi cirial!

En el altar del fondo, de frescas flores lleno,
se elevaba la imágen de la Virgen María
con las divinas manos cruzadas sobre el seno.

¿Qué fué de aquel lejano fervor que yo sentía
cuando puestos en ella los ojos, le pedía
que me diera sus gracias y que me hiciese bueno?

M. ALTOLAGUIRRE PALMA.



D. LOPE DE SOSA
TRAGICOMEDIA

I

El sabio maestro del decir Don Baltasar de Alcázar, siglos há, os presentó al héroe de aquesta tragicomedia, que yo os vuelvo á presentar ahora por si no supiérais ó no hiciérais memoria de aquella ocasión memorable en que el viejo poeta epigramático, gastrónomo y bebedor, renuncia á relatar á Inés bella los extraordinarios sucedidos de la vida del hidalgo peregrinante que llamóse D. Lope de Sosa y fué nacido en la villa de Jaén; sucesos que corrieron bocas y que las dueñas conservaron en su memoria de modo perdurable como ejemplos de perdición.

Olvidado por los siglos de los siglos quedaría el hidalgo errante como lo estuvo de pasadas generaciones, si nosotros—loor á los hombres de buena voluntad—no evocáramos su figura gallarda de amante y pendenciero, borracho y jugador, en una triste escena de su vida que hallamos anotada al margen amarillento de un viejo libro que editó Juan de la Cuesta, que tiene las licencias necesarias y que está tasado el pliego en un cuartillo de real.

II

Érase Don Lope un hidalgo que estuvo en Flandes; un hidalgo que poseía un mandoble de Toledo, cuya inscripción rezaba «por mi patria y por mi rey» y con el que por su patria y por su rey había realizado grandes hazañas; y poseía un pergamino amarillento y apolillado, que era su ejecutoria, en la que veíase la firma ininteligible de un ido rey de Castilla y su real sello de cera verde.

Nuestro hidalgo, en su larga vida de aventuras y perversidades, fué á veces pobre y á veces rico, y siempre orgulloso, pendenciero y amor Muertos sus padres, los naipes y las daifas del divino reir, se llevaron su patrimonio.

Después, con solo un real de á cuarto en la escarcela, embarcó en la flota de Nueva España, y para pago de su pasaje sirvió en ella como soldado, y en ella peleó contra los piratas berberiscos.

En Nueva-España, Don Lope de Sosa soñó con la fama de aquel maestro del batallar de arrojada condición que apellidóse Cortés, y se internó en los intrincados bosques, últimos refugios de los descendientes de Motezuma, el rey sol, y en la pradera extensa cazó el búfalo blanco...

Después, Don Lope luchó en Flandes y luchó en Italia, y fué esclavo en Túnez, y un tío suyo, que residía en Jaén, le legó su hacienda.

III

Arrellanado en un amplio sillón prioral, Don Lope de Sosa, después de la comida, dá las gracias devotamente al cielo.

Don Lope.—*Ave, María, gratia plena...*

(Luego de rezar aprisa lleva á los labios su cubilete de plata. Frente á él, Celina, su amante, algo aburrída, desmenuza el pan entre sus dedos sutiles, que destácanse con leve transparencia rosada sobre el albo mantel alemanisco.)

Don Lope.—¿Qué oro nos queda?

Celina.—Por todo caudal, un ducado.

Don Lope.—Y sin embargo, no há una semana teníamos mil.

(Permanecen silenciosos. Por el ventanal abierto, un pájaro penetra atrevido y se pierde en la sombra, en la que se escucha su alegre batir de alas; después, raudo escapa y desaparece en la lejanía.)

Celina.—Teníamos mil ducados; quinientos los jugastes, señor; trescientos llevóse mi collar de perlas.

Don Lope.—Ese ducado que nos queda se lo darás á un fraile para que rece una misa por mi alma.

Celina.—Bien, señor. (Se ha quitado el collar y lo contempla complacida.) ¿Es hermoso, verdad?

Don Lope.—Sí, hermoso.

(La rechaza desabrido; ha abandonado el sillón y meditabundo pasea por la estancia. De pronto detiéndose y grita.)

Don Lope.—¡Beltrán!

(Impaciente repite el llamamiento; su voz imperante retumba en la estancia.)

El Eco.—¡Beltrán!

Beltrán.—¿Llamáisme, señor?

Don Lope.—Mi traje de camino, mis cachorros; nos vamos á Flandes.

Beltrán.—¿Y he de acompañaros, señor?

(Balbuca consternado. Don Lope de un arcón de primoroso herraje saca su ejecutoria, que guarda en el pecho con cuidado respetuoso.)

Don Lope.—Claro está; limpia tu mosquete.

Beltrán.—Es, señor, que estoy enamorado.

Don Lope.—¡Tú enamorado! ¿y quién es la discreta que te corresponde?

Beltrán.—Es secreto.

Don Lope.—¡Secreto, y para mí!

Beltrán.—Para vos también.

Don Lope.—¿Te burlas, villano?

Beltrán.—Dios me libre, señor.

(Temeroso de la cólera de su amo, sale en busca de lo pedido por éste, que continúa paseando vagamente entristecido.)

Don Lope.—Me abandona, y sin embargo me quería; era un escudero bueno y leal que cien veces expuso su vida por mi salvación.

Celina.—Ya le oíste, señor, diz que está enamorado.

Don Lope.—Lo estará á no dudarlo; ¿y tú, Celina, podrías decirme lo que es amor?

(Ella sonríe; halagado por su sonrisa, el hidalgo deposita dos besos sobre sus mejillas amapoladas.)

Celina.—Tú me elevaste sobre mi condición humilde.

Don Lope.—(Con triste amargor de desencanto) Es cierto; yo te elevó sobre tu condición humilde.

Celina.—Y ahora me dejas.

Don Lope.—Preciso es: ya acab se la hacienda de mi t o Gil; ya soy pobre, y ni aún tengo el derecho de amar que tiene mi escudero; mas  no me escuchas?

Celina.—Te oigo, señor, y lamento tu partida.

Don Lope.—T  también fría, t  también indiferente.

Celina.—No digas tal, señor.

Don Lope.—El diablo lo quiere; en todas partes peregrino; vagabundo siempre viv , vagabundo morir .

(Beltrán retorna con el traje de camino y ayuda   Don Lope   vestir; ya ataviado con botas altas y colete de ante; ceba los cachorros, que se coloca en el cinto.)

Don Lope.—Quizá nos separemos ahora para no volver á encontrarnos jams; pobre soy. T , Celina, has puesto en mi vivir algunos instantes de felicidad. Tuyo es lo que esta casa contiene. Tuya es, Beltrán, esta cadena de oro, porque fuiste un fiel servidor; qu denles como recuerdo.

Celina.—Acuitada yo, que os pierdo.

Beltrán.— Sois magnánimo, señor, como un conde palatino!

(Con recio pisar sale el caballero de las éstancia! puesto en la calle, se siente el galopar brioso de su montura. En el ventanal, Celina le despide con su pañuelo de encajes.)

IV

Venta junto á una vieja carretera real que conduce á Jaén; en el rellano las gallinas corretean á la sombra del viejo parral; sobre un poyo hay un jarro de vino. A lo lejos, la campiña se extiende gratamente serena, la cigarra eleva estruendosa su canción de estío.

El ventero avizora el camino con gesto impaciente; tiene grueso abdomen y abultadas mejillas. Marta, su mujer, se le acerca; viste roja saya, y el descote de su justillo descubre el albor de su camisola.

Marta.—¿Marcharon los recueros?

Ventero.—Marcharon, y no es cosa de sentir, que no beben más que peleón; mas presto llegará la posta.

Marta.—Nuestra fortuna es esta venta; aquí no se acojen más que los viandantes, que siempre llegan con hambre y con sed.

Ventero.—Dices verdad, con esta dicha soñábamos; malos tiempos corrían entonces.

Marta.—Mas no vale recordallos. Gran señor era aquel, de noble condición y airado carácter.

Ventero.—No hablemos mal de él; quizá un arcabucazo haya puesto fin á su vida en tierra de herejes.

Marta.—Bien nos vino su resolución; ella nos condujo á este nuestro vivir holgado.

Ventero.—Mucho lo ansiábamos; por eso tras su partir te propuse nuestro casamiento, é hicimos bien en acojernos en esta posada con nuestra hacienda.

Marta.—¡Gran señor era Don Lope!

Ventero.—¡Gran señor!

(Silenciosos permanecen algunos instantes, al recordar aquellos tiempos; sus rostros toman vaga expresión de melancolía. En la carretera, á lo lejos, entre una nube de polvo, aparece una silla de postas; arreando á los caballos, que trotan con alegre cascabeleo, el mayoral grita desahogado y cruje la tralla; el coche, más alto que largo, en sus rudos vaivenes amenaza volcar. Marido y mujer lo contemplan con las manos sombreádoles los ojos.)

Ventero.—Buen día, mujercica; dos frailes vienen.

Marta.—Beberán bien y pagarán mejor.

Ventero.—Y dos estudiantes, que beberán y no pagarán.

(Frente á la ventana, el coche se detiene ruidoso; los frailes y estudiantes bajan á refrescarse y desentumecerse; en el interior sólo quedan dos monjas carmelitas.)

Marta.—¿Desean algo las buenas madres?

Un estudiante.—Vino, hostelero.

Ventero.—Que moscatel lo hallarán mis señores.

Un fraile.—Chocolate, ventero.

Ventero.—Digno de jerónimos lo hallarán sus paternidades.

(A la puerta aparece un caballero ginete en brioso alazán; viendo que nadie acude á su llamamiento, descabalgua y penetra en la venta.)

El Caballero.—¡Voto á san, que esto desespera á un cristiano; hostelero!

Ventero.—De perdonarme há su señoría, pero mi distracción hízome no notar vuestra llegada.

Mayoral.—En marcha, que la noche se viene y hemos de pasar la sierra, cueva de bandidos.

(Después de pagar los frailes y estudiantes, entran en el coche despedidos por el ventero, gorro en mano; á las voces del mayoral los caballos arrancan.)

El Caballero.—Me harás impacientar, ¡voto á bríos!

(Asómase al umbral; los años han puesto arrugas en su frente y han plateado sus cabellos; el estado de su traje de camino delata la fatiga de una larga jornada.)

Ventero.—Corro á serviros, señor; ¿qué deseais?

(Frente á frente el recién llegado y el ventero, contéplanse sorprendidos, breves instantes silenciosos.)

Ventero.—¡No me engañan mis ojos! ¡vos sois Don Lope, mi antiguo señor!

Caballero.—En cuerpo y en alma, Beltrán, y con una sed de dos mil diablos.

Ventero.—Vino os daré yo como no lo bebe el Santo Padre, que el bien serviros siempre lo tuve á punto de honra.

Caballero.—Pláceme ello; mas en verdad nunca creí hallarte en tal oficio; ¡tú hostelero! ¡tú! el que á mi amparo llegó casi á amar las aventurerías.

Ventero.—Verdad es, pero ya aquellos tiempos pasaron.

Caballero.—Razón llevas; ¡aquellos tiempos ya pasaron!

(Suspira. Beltrán le escancia viejo vino de Borgoña, en su mejor cubilete de vidrio.)

Ventero.—Es un vino de reyes, alegrador de espíritu, bálsamo de Fierabrás.

Caballero —¿Cuánto de camino faltame para llegar á Jaén?

Ventero.—Con ese vuestro alazán os fío tres horas de galope.

Caballero.—¿No salistes tú de Jaén desde mi partir?

Ventero.—Sólo para aquí establecerme.

Caballero.—¿Y qué fué de Celina mi amante?

(Beltrán, inquieto, contempla á Don Lope escrutadoramente; éste repite con impaciencia.

Caballero.—¡Ira del!... ¿qué te sorprende mi pregunta?

Ventero.—¿Aún la amais acaso, señor?

Caballero.—Amarla; ¿y quién te dice, necio, que yo sea nacido para amar?

Ventero.—Parecióme así adivinarlo en vuestra pregunta.

Caballero.—¿Y quién eres tú para adivinar mis pensamientos?

Ventero.—Creía facultarme á ello mi lealtad por vuestra persona.

Caballero.—Bien dices, Beltrán... mas soy curioso y quizá tú podrás decirme qué fué de ella.

Ventero.—Seguro es que sí, señor.

(Marta penetra en la estancia, llevando una chiva en brazos; vocea.)

Marta.—Mire, marido, la *Zucero* malica; la jitana bruja que aquí allegóse esta mañana, de asegurar es la hizo mal de ojo.

(Repara en Don Lope, y admirada, deja caer la chiva, que bala de un modo lastimero.)

Caballero.—¡Celina!

Marta.—¡Vos señor!

Caballero.—¿Aún no me olvidaste?

Marta.—Nunca olvidé tan noble caballero.

Caballero.—Marido llamaste á Beltrán.

Marta.—Marido llámeme; há tres Santiagos, casámonos.

Caballero.—¡Os casásteis!

(Los tres permanecen silenciosos. Don Lope cejijunto, acariciase la barba maquinalmente. Marido y mujer le contemplan en actitud embarazada.)

Caballero.—Tres Santiagos há, decís; á poco entonces de mi partida.

(Beltrán asiente cabeceando. Don Lope continúa.)

Caballero.—Antes de mi partida, ya la amabas, según eso; ¿cómo te atrevis-tes á alzar los ojos hasta mi amante?

Ventero.—¡En nombre del cielo, señor!

Caballero.—Y tú, Celina, ¿también le amabas, verdad?

Marta.—No, por Dios, os lo juro.

Caballero.—¡Oh, necio!

Ventero.—¿Estais enojado?

Caballero.—¡Yo enojado, voto á bríos! ¡Tú también como todas, Celina!

Marta.—Llámeme Marta, señor; nombre de cristiana.

Caballero.—Celina, ira de Dios, ni aún el nombre quereis dejar, Dios os guarde.

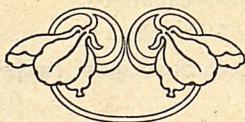
(Se dirige á la puerta y ágilmente monta en su alazán.)

Ventero.—Cómo, señor, ¿tan pronto nos abandonais?

Caballero.—¡Ni aun el recuerdo me dejásteis, menguados!

(Ceñudo, clava los acicates en su cabalgadura, que relinchando dolorida, parte veloz carretera adelante; presto caballero y caballo son una nube de polvo en lontananza; luego, la nube de polvo, empequeñecida por la distancia, desaparece; nada turba la quietud de la campiña serena.)

ADOLFO REYES GUILLOT.





MI NIÑA ESTÁ ENAMORADA



Está mi recién nacida
ciegamente enamorada.
Siente un afán que la aloca,
y una pasión que la exalta.
Sus manecitas se inquietan,
y sus ojos brotan llamas;
mueve sus labios sin frutos
de sonrisas ni palabras,
y así dobla sus afanes,
y de los brazos se escapa.
Madre, me dá miedo verla
tan niña y tan exaltada.
Así de inquieta, paréceme
más que mi niña una llama,
y siento que de encendida
y de tan puro inflamada,
se me apague, como al soplo
del viento el fuego se apaga.
Madre, ¿tú sabes por quién
mi ángel se aloca y se inflama?
Por el fuego esplendoroso
que arde en la luz de una lámpara.

J. MUÑOZ SAN ROMÁN.



STUART MERRILL

(ESBOZO IMPRESIONISTA)

La obra poética de Stuart Merrill se compone de cuatro libros (*Gammes*, *Fastes*, *Petits poemes d'automne* y *Les quatre saisons*) sugestivos y fascinadores, igualmente perfectos, pero heterogéneos, de una diversidad desconcertante en el fondo y hasta contradictorios en la forma, en el procedimiento artístico, en la factura. No faltará, tal vez, quien tache su labor de falta de unidad en el conjunto; mas es flojo reparo éste. Cualquiera que no se pague de superficiales apariencias, y aun cuando no se precie de muy sagaz, ha de ver en los distintos libros de Merrill un nexo común, una misma aspiración que los informa á todos, y de la cual vienen á ser á la manera de cristalizaciones regulares. Yo veo al espíritu del poeta fluctuar vacilante entre diversas y confusas tendencias literarias, perseguir una orientación verdadera en una época de nebulosa anarquía. Vislumbrar algo que á él se le antojaba un atisbo de la pura inspiración convertida en espejismos de rutinarias influencias, y á la postre, tras una lucha atormentada y dolorosa (suerte de gimnasia de un temperamento), hallarse en posesión de su propia personalidad y de su expresión adecuada. En Stuart Merrill, el influjo doctrinario se convierte en carne de sus ideas; los vendavales de las nuevas teorías olean las vigorosas floraciones de su alma, no las abaten; su simbolismo es un simbolismo peculiar, diáfano dentro de su imprecisión, robustecido con la savia de un espíritu fuerte y coloreado con un vago matiz filosófico de panteísmo profundamente amoroso.

*
*
*

Gammes, primer libro de Stuart Merrill, fué publicado en 1887, el mismo año que *Palais nomades*, de Gustave Kahn; es decir, cuando apuntaba la evolución simbolista y se rompía con las arbitrarias reglas del Parnaso, cuyo código fué el *Petit traité de Versification française*, de Théodore de Banville.

Gammes participa del carácter de los tiempos en que fué producido. Aun cuando existen algunas innovaciones métricas, la generalidad de los versos se caracterizan por el número de sus sílabas, abundan los alejandrinos y se nota la preocupación constante de la estrofa clásica y de las rimas regulares. Adviértese en los poemas de algún empuje (tales como *l'oubli*) la influencia de Baudelaire, y en otros cuadros Luis XVI la de Verlaine, en sus *Fetes Galantes*.

Estas son, sin duda alguna, las que constituyen la parte más notable del libro, y en los cuales ha llegado Stuart Merrill á una perfección técnica verdaderamente asombrosa; piecitas traviesas y graciosas, ligeras é indolentemente elegantes, especies de *Watteaus rítmicos*, con todo su encanto picaresco, melancólico y de nostalgia.

*
*
*

Y he aquí que aparece *Fastes* en 1891, contrastando violentamente con el libro anterior: si en el uno predominan las medias tintas, los tonos velados y suaves conformes con el precepto verleniano *par la couleur, rien que la nuance*, en el otro aparece el poeta enamorado de las suntuosidades en el colorido y de la riqueza en la tonalidad total. Los ritmos son ampulosos y resonantes, las aliteraciones sonoras frecuentemente empleadas complementan la visión deslumbradora de un mundo quimérico, cuernos de oro cuyas fanfarrias pueblan el aire, héroes roncós y rudos que (la maza en la mano y la rodela esculpida en el musculoso brazo), hacen piafar á los potentes brutos: luego destellos de joyas, púrpuras sangrientas, nácares y broncees; mármoles y gualdrapas, todos los objetos preciosos pasan con el brillo súbito de un relámpago; las sílabas fuertes se entrechocan con el estruendo estentóreo de férreas armas en un torneo medioeval; se oyen versos prolongados que simulan voces ardientes, clamorosas, y á veces la sucesión de vocales dominando el conjunto altisonante remedan los ecos argentinos y misteriosos de una campana que se esfuma en los grises de una lejanía brumosa.

Stuart Merrill, en *Fastes*, ejercita su habilidad de versificador en una serie de poemas áridos, baldíos, inspirados, á no dudar, por los de René Ghil (si bien exentos de las exageraciones de éste); verdadera cascada de palabras no siempre justas, torrente impetuoso de sensaciones inconcretas, exuberancias de ornamentación que perjudican el vigor descriptivo y anulan en ocasiones el pensamiento primordial. Eso no obstante, existen imágenes valientes en que la brillantéz no daña á la claridad; tal es la del primer terceto en el soneto de *Parsifal*:

*Du dôme où dorment des échos d'orgue et de psaumes
Une colombe, en les halos des auts royaumes
tombe le vol ouvert sur l'heaume du roi*

También algunas composiciones delicadas y tiernas aparecen como una remembranza de *Gammes*; sirva de ejemplo *Chambre d'amour*.

*
*
*

El género de poesía *Fastes* eminentemente impersonal y abstracto, que su-

pone una atrofia completa de la sensibilidad, era artificial y ficticia en Stuart Merrill, alma soñadora, un tanto pesimista, nostálgica y triste, pero resignada, en su tristeza y con una levadura filosófica vagamente panteísta, cualidades todas que se revelaban en sus anteriores poemas á través de excesivos florecimientos ornamentales. *Petits poèmes d'automne* es la expansión de un espíritu largamente aprisionado en los moldes de una concepción estética fragmentaria: los desfiles épicos, los asuntos fastuosos se truecan en pequeñas canciones musicales impregnadas en el aroma de los recuerdos lejanos, balbuceos de sensaciones inefables, tímida expresión de misteriosas afinidades entre el alma del poeta y el alma del Viejo Otoño, del dulce y gris Otoño, y el alma de las flores que se mueren, de la mejorana, de las azaleas, de las rosas... tristeza crepuscular y serena, añoranza de un pasado heróico.

*Au temps de la mort de matjolaines,
Alors que bourdonne ton leger:
Rouet, tu me fais, les soirs, songer
A ses aieules les chatelaines.*

*
*
*

Llega Stuart Merrill, tras el gradual desenvolvimiento iniciado en *Gammes* y *Petits poèmes d'automne*, y á pesar del extravío de *Fastes*, á encontrarse en posesión de su propia personalidad y de su expresión adecuada en *Les quatre saisons*. Y en este punto se verifica en él una transformación radical; el antiguo paladín de la Belleza se convierte en defensor de la Justicia social; la poesía sólo la concibe en este punto como un medio el más justo y sencillo: para predicar sus generosos pensamientos, y, por consecuencia, sacudiendo reglas retóricas, que son trabas puestas á la espontaneidad de expresión, llega al verso libre; pero un verso libre inconfundible con el de *Khan*, *Segnier*, *Griffin* ó *Verhaeren*, si bien es uno mismo el principio que los informa á todos; es á saber: la substitución de un ritmo más flexible ó íntimo, constantemente renovado, reflejo del desarrollo de la idea, al caduco ritmo monótono y machacón de los metros regulares (1). El verso libre de *Les quatre saisons*, es majestuoso é indolente, tiene cierta unción religiosa, cierta solemnidad litúrgica que armoniza gravemente con el asunto que informa á la obra; ardiente preocupación social, obsesión dolorosa de universales redenciones. Pasaron los dulces ensueños solitarios, complacencia, delectaciones, músicas fascinadoras de la incógnita sirena; á la obra del odio egoísta y del aislamiento se substituye la

(1) Ultimamente, del mismo modo que Regnier y Moreas, ha vuelto en alguno de sus poemas á los versos rimados regularmente, como en el poema que publicamos.

tarea humilde de la piedad y del amor; ha llegado la hora de ir hacia los hijos de los hombres, no con espada y coraza, sino con los brazos fraternalmente abiertos, ansiosos del abrazo supremo; es preciso socorrer á los pobres, á los desvalidos miembros de Cristo: no puede haber abandonados en la rica y ubérrima Naturaleza, para todos abierta igualmente, que á todos exhorta con su misteriosa, oculta voz á la vida sana.

Il faut que tu sois sage comme la Nature ..

Les quatre saisons constituyen los evangelios sublimes de la Naturaleza; son poemas bíblicos con toda la grandiosa sencillez de los cantos primitivos, rito de un humano pantefismo en que se confunden y hermanan el alma de todos los seres, y el alma estremecida de todas las cosas; son la obra de un espíritu poético, ardiente y generoso.

RAMÓN PÉREZ DE AYALA.

POEMAS DE CREPUSCULO

(DE STUART MERRILL)

En mí habla una nostalgia de labios y de rosas,
que evoca melancólico, el dulce atardecer.
Gustar febril ansío, confundiendo las cosas,
carne blanca de flores, perfume de mujer..

El céfiro modula una canción de celos
del bosque que palpita, oyendo al ruiseñor.
Murciélagos fatídicos entrelazan sus vuelos.
Surge la luna pálida con su lustral fulgor.

En la sombra se pierde sendero vacilante.
¡Escucha, pasajero! Tu somnolencia arroja:
vé, que agoniza el día y dentro de un instante
podrá oirse si vuela de un rosal una hoja.

Suena el *Angelus*. Canta un niño Un perro llora
Un carromato gime en la calleja umbría.
La mano se levanta en tan sublime hora
y te bendice ¡oh tierra! que engendras la alegría.

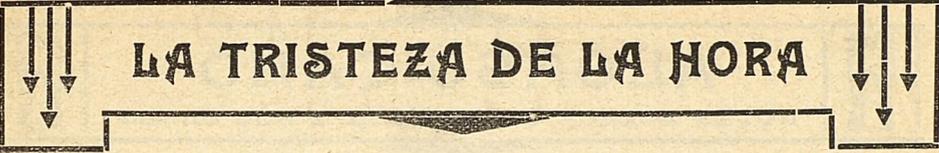
Mas ¿eres digno, humano, que bendecirla quieres,
de hacer del sacerdote el místico conjuro?
¿La vanidad destierras? ¿Conoces lo que eres
sombra, que se desliza á lo largo de un muro?

¿A morir aprendiste cual los claveles rojos,
los astros y los Dioses, sin decir tu dolor?
Y ¿podrás resignado sin que cierren tus ojos
sentir cómo se extingue la luz en derredor?

¿Has acordado tu alma al mugir del torrente,
al suspiro del viento y de la hoja al quejido?
¿Cantas á las tres Parcas, con la mano en la frente?
¿Escuchas en la noche de sus ruelas el ruido?

El mundo es un Misterio. No respondas, hermano.
A tu cara retorna y duerme sin temor.
Que no conozcas nunca las leyes de lo arcano
ni escuches de la tierra el secreto rumor.

(TRADUCCIÓN DE RAMÓN PÉREZ AYALA)



LA TRISTEZA DE LA HORA

Esta tarde, al crepúsculo he visto á mi vecina
melancólicamente pensativa, al balcón.
Yo levanté por verla, del mío, la cortina,
pero ella no veíame en su meditación...

¿Qué pensaría esta humilde burguesita
en esa hora propicia de una tarde de Abril?...
¿Evocaría acaso una olvidada cita,
ó una carta insinuante de aquel galán gentil?...

Y pensé en sus hermanas, las que á esa misma hora
miran desde lo alto de sus tristes callejas...
¿Será acaso por ellas, por quien la tarde llora
cuando en la torre plañen las campanas sus quejas?...

¡Dolor de los que esperan eternamente en vano!...
¡Y dolor lacrante de las abandonadas!...
¡Lágrimas que se vierten en las teclas del piano!
¡Y llanto de las tristes al balcón asomadas!...

...Y miré á mi frontero balcón... Ya mi vecina
habíase internado cabe su habitación...
¡Su piano se quejaba con una cavatina
y en la calle sonaba muy triste la oración!...

ANTONIO GULLON.



ALONSO CANO

NOTAS ACERCA DE SU VIDA Y SUS OBRAS



Realmente, bien poco hemos adelantado respecto de biografía y crítica del insigne artista granadino Alonso Cano, á pesar de la generosa campaña llevada á cabo por el Centro Artístico de esta Ciudad, á últimos de 1910 y comienzos de 1911; del estudio publicado en esa fecha por el sabio hispanista M. Augusto L. Mayer, conservador de la famosa pinacoteca de Munich, y que se titula *Alonso Cano y su Escuela* (Anuario de las colecciones prusianas de Arte); del artículo «Alonso Cano» (*Enciclopedia Espasa*, tomo XI, páginas 158-162), y de la reciente conferencia, en el Ateneo de Madrid, del señor Tormo y Monzó, acerca de la «Escultura Española» (escuela granadina). Todo esto es, según creo, lo último de cierta trascendencia que se ha producido acerca de Alonso Cano, su vida y sus obras.

De los trabajos del Centro Artístico y de mis investigaciones propias, he dado cuenta en *La Alhambra* (véase especialmente el año 1911 de esta revista) y en un estudio ilustrado con gran profusión de fotografías que publiqué, en Junio de ese año, en la revista *Por esos Mundos*; el folleto del Dr. Mayer está impreso en alemán y no poseo ese idioma, aunque bien lo quisiera, y la conferencia de Tormo, solo por los extractos publicados en *La Epoca*, se conoce, y de ellos daré cuenta; veamos el artículo de la *Enciclopedia*, que supongo obra de mi querido amigo Miguel Utrillo, buen artista, erudito crítico de artes y viajero incansable, que conoce los museos y las colecciones de obras de arte del nuevo y el viejo mundo.

Además de algunas observaciones propias, el autor de la biografía ha utilizado las noticias de Bonz, Palomino, Ceán Bermúdez, Llaguno y Pellicer (Anales), aunque no confronta unas con otras, ni con documentos posteriores dados á conocer por Gómez Moreno (*Boletín del Centro Artístico*), y aún en los trabajos publicados en *La Alhambra*, desde el primer año de los quince que cuenta de vida mi modesta revista. Dice que posee pinturas de Cano el Museo del Emperador Federico, de Berlín; la pinacoteca antigua de Munich; la Galería Real de Dresde; *el Ermitage* de San Petersburgo; el Museo Provincial de Sevilla y el del Prado. Clasifica como obra de Mena el famoso *San Francisco* de Toledo, y respecto del discutido retrato de Cano, propone el cotejo del que se supone del gran artista en el Museo, con el que se conserva en las Casas Consistoriales de Sevilla, «pintado por Varela, que figuró en la Exposición celebrada en el Real Alcázar en 1910».

Ilustran la biografía un retrato de Cano, «de autor desconocido,» perteneciente á la colección iconográfica de Madrid, y que no conviene, sea dicho con toda lealtad; una Virgen, dos Cristos, San Juan Evangelista y San Jerónimo, cuadros del Museo del Prado; «La Piedad» y «Jesús en el Pilar», esculturas sin procedencia; el Cristo de Torrelavega, escultura; la admirable cabeza del Bautista, que se conserva en el camarín de la Iglesia de San Juan de Dios de Granada, con la nota «atribuida á Cano», y las estatuas de la Magdalena y San José, de la Cartuja de Granada, que no pueden ser, como ya sabemos, obras del insigne racionero.

La biografía carece, desgraciadamente, de fuentes biográficas, lo cual es extraño; pues uno de los especiales méritos de la *Enciclopedia* es, que cada palabra importante termina con una completísima bibliografía.

Quizá la información más interesante acerca de la última de las conferencias de Tormo en el Ateneo, acerca de la Escultura española y Alonso Cano, es la publicada en *La Epoca*, y de ella voy á valerme. Al hacer la biografía de Cano, «artista de suprema delicadeza de factura, y del gusto más depurado y clásico dentro del realismo español», admitió el episodio del desaffo y del asesinato de la mujer de Cano, referido por Palomino, y que Pellicer confirma, diciendo á este propósito: «un drama de honor, en el cual se tomó él la justicia por su mano, cual los que Calderón llevaba al teatro precisamente en aquellos días»... En mi estudio publicado en *Por esos Mundos*, he confrontado los antecedentes escritos que de ese periodo de la vida de Cano se conocen, y he opuesto fechas que no se avienen con las noticias de Pellicer, que Ceán Bermúdez, por su parte, tampoco admitió por no estar comprobadas en su tiempo.

Tormo, utilizando las noticias de Jusepe Martínez, hace este discreto juicio respecto del carácter del gran artista: «Fué Alonso Cano remiso en el trabajo material; gran aficionado á gozar, en cambio, con el exámen de toda obra de arte, y fué, por otra parte, muy liberal en dejar sus dibujos, bocetos y creaciones todas á la ejecución de los pocos discípulos que le consentían sus genialidades. Por eso más que nadie, fué fundador de una verdadera escuela»... (opinión sustentada también en su famoso discurso sobre las bellas artes, por el ilustre Jovellanos.)—afirmando después «que á nadie debió Murillo más en la educación artística y en la formación de su estilo peculiar que al ejemplo del gran Alonso Cano»...

El examen de las obras atribuidas á Cano, es muy importante y debe tenerse en cuenta para cuándo alguna vez se intente la clasificación de las creaciones verdaderas del maestro: El crucifijo de la catedral de Segovia es del artista madrileño Manuel Gutiérrez; el del Socós, en Valencia, y el de San Elías de Santo Tomé, en Toledo, son

de escuela cástallana; el de San Francisco de Toledo y el San Bruno de la Cartuja de Granada, «son, con absoluta seguridad, obras de Pedro de Mena y de José de Mora, respectivamente;» la Santa Ana de su iglesia en Granada, es de Diego de Pesquera, «artista del siglo XVI, de quien son también unos importantísimos relieves en la Catedral, que se creían ser del rival de Miguel Angel: del *Torrigiano*»...; el crucifijo de la Real Academia de S. Fernando «es dudoso que sea obra suya,» y el San Diego de Alcalá, de San Antón, Granada, «es una escultura inolvidable en verdad» de Pedro de Mena...

No sé si el Sr. Tormo habrá publicado íntegras ya sus interesantes conferencias acerca de la Escultura española; si no lo ha hecho, debe publicarlas, pues como el cronista de *La Epoca* dijo, «la historia de la Escultura española está aún por escribir, y las lecciones... del Sr. Tormo en el Ateneo sobre la materia, demuestran que el conferenciante podría hacerlo con verdadera autoridad;» mucho más, agrego yo: cuando las sabias explicaciones que acerca de ese mismo tema y en la misma ilustre casa del saber dió nuestro inolvidable paisano, el insigne crítico Fernández Jiménez, quedáronse sin recoger, y sólo extractos, según creo, se conservan de ellas.

Mayer, el ilustre hispanista, trando también en el Ateneo de la Escuela Sevillana, lo ha dicho con palabra elocuente: «Quizá fué el arte andaluz el que mejor acertó á traducir los pensamientos y los sentimientos españoles, en madera, piedra y tela. Por esta razón alcanzó su gloria en el siglo XVII, cuando el mundo entero se entusiasmaba con las novelas picarescas y con las poesías elegantes y cuando todas las cortes europeas vivían y se vestían á la manera española»...

Insisto, en que con todos estos estudios que menciono, hemos adelantado poco en el esclarecimiento de la vida y las obras del gran artista granadino; mejor que nadie, lo dijo en una Real cédula Felipe IV, dirigiéndose á los implacables canónigos en la Catedral de Granada: Cano, había «*padecido mucho en pleitos injustos y (por) el descrédito con que le habeis tratado algunos de ese Cabildo*»...; y en tanto que no se aclare el motivo de declaración tan categórica, hecha nada menos que por un Rey amigo entusiasta de artistas y literatos, y artista también, poco hemos de adelantar en el conocimiento de quien fué gran pintor, escultor y arquitecto, y de cuáles son sus obras indubitadas.

FRANCISCO DE PAULA VALLADAR,

Cronista de la provincia de Granada.

Granada, Enero 1912.





EL ROMANTICISMO Y LA BOHEMIA



Hubo un tiempo en que apenas si se leían poesías. Desde que desapareció aquella generación melenuda, toda corazón y fantasía; desde que la pluma de Figaro y de Mesonero Romanos comenzó á desgarrar la epidermis del neoromanticismo, la musa española empezó á retraerse y después de derrochar su más grande imaginación con Espronceda y Zorrilla, inclinó la cabeza y se durmió profundamente.

El periodo crítico no influyó ciertamente en los hijos de las musas, sino en la sociedad que les rodeaba. Desde que la palabra *cursi* comenzó á ponerse en boga, nacida, según cuentan, en una tertulia gaditana donde se recitaban rimas románticas, la muerte de la poesía lírica se auguró por unanimidad; fué, sin embargo, necesario todo el genio de Ayala, toda la fantasía de Bécquer y el estrépito de Bernardo López, para que alguna que otra vez luciera con todo su esplendor y atrajera la atención del pueblo.

Y es que para que viva con lozanía la poesía lírica, precisa que esté en el ambiente, que el estado de ánimo de los que la leen ó escuchan responda casi al unísono, que la poderosa guadaña del ridículo, que todo lo cercena, no esté constantemente suspendida sobre la cabeza del vate, como la espada de Damocles. Nada hay que tanto desorienta como una mueca de tristeza entre los albores de la alegría; y el indiferentismo del tiempo, es la mueca que puede acabar con la musa lírica española, contra la cual ya esgrimieron sus armas Clarín y los imitadores...

En aquellos lejanos tiempos en que, según cuentan, los jóvenes y las damiselas ingerían vinagre para ponerse ojerosos y adquirir una palidez interesante, bien podía el poeta cantar estos romanticismos; porque había ojos tristes y visionarios que miraban al cielo persiguiendo una fugaz ilusión envuelta entre las sutiles gasas de un rayo de luna.

Hoy este romanticismo, que para nosotros conserva un gran encanto, tiene á los ojos de la humanidad la apariencia de un mito incomprensible. El poeta de otros tiempos pasados podía pasear impunemente el corazón entre las manos sin provocar la risa del pueblo; en la época presente, es preciso tenerlo oculto bajo una espléndida *toilette*. Es de mal gusto no estar saludable y oron-

do; la palidez, la desaprensión y hasta el encanto de la bohemia, van pasando á la categoría de patrañas; y eso de bucear por las calles de la corte tras el rastro de la luna buscando ilusiones en desenfrenada peregrinación, tal como acontece en Carrere, se tiene por cosa ridícula y loca, para desgracia de la poesía y terminación de una leyenda, por la que tantas exaltadas imaginaciones se sacrificaron.

Y no es que hayan desaparecido las grandes pasiones ni que dejen de existir éxtasis y entusiasmos. El hombre es siempre el mismo, pero la sociedad le ha corregido y transformado, en este sentido lamentablemente, hasta el punto de obligarle á desoir dolores que él sabe ocultar, pasiones que procura no sentir, entusiasmos que quiere desechar y éxtasis, en fin, que dada su obligada ligereza, pueden provocarle una carcajada.

Los poetas tristes parece como si estorbaran en la sociedad, son una especie de plañideras de las que huye todo buen aficionado al *sport*; y la linda muchacha de hoy, bella como una figulina de Sevres, tiene un encanto seductor si habla de la última carrera de caballos ó del reciente partido de polo; en cambio si recita un trozo de poesía lírica, se la contemplará con lástima...

Es posible que cuando el bullicio fatigue á la sociedad, cuando el aburrimiento le asalte en fuerza de frivolidades, busque un refugio solitario y se cobije de nuevo bajo el rosal de la poesía lírica. En este momento crítico, la labor del vate será recompensada, el romanticismo con sus emociones arraigará de nuevo, y la bohemia no será descalificada.

Muy grandes poetas tenemos en España para la lucha por la gloria. Carrere con su imaginación y constancia cantando los encantos de la bohemia, y Villaspesa con su poesía impregnada en el más puro y delicado sentimentalismo, son dos poetas que figuran á la cabeza de una pléyade de jóvenes de los cuales puede esperar mucho la poesía española.

Réstale á esta juventud tener fé en ella y en el amor; porque Amor y Poesía caminan juntos por los senderos de la vida, y uno y otra se identifican y complementan.

Usar de la poesía y prestarle adoración y respeto, es propio de los pueblos cultos, porque, como en *La Gitanilla* dijo el *Príncipe de los Ingenios*: «...la poesía es una bellísima doncella, casta, honesta, discreta, aguda, retirada y que se contiene en los límites de la discreción más alta; es amiga de la soledad, las fuentes la entretienen, los prados la consuelan, los árboles la desenojan, las flores la alegran; y, finalmente, deleita y enseña á cuantos con ella comunican.»

ANTONIO FERNÁNDEZ FENOY.